

# El cronista gráfico de lo inminente

Alfonso Buitrago

Con la experiencia ganada como fotógrafo de campañas políticas, a finales de 1978 el Chino fue por primera vez a Puerto Triunfo por invitación de Nelson Cardeño, quien tenía familiares políticos en el entonces corregimiento de San Luis, en el Magdalena Medio, y que estaba celebrando su declaración oficial como municipio durante la gobernación de Jaime Sierra García.

El Chino viajó con Carlos Gutiérrez, compañero de la Anapo, en un recorrido que los llevó en bus hasta Puerto Berrío y luego en tren hasta Puerto Triunfo. Llegaron de madrugada y tuvieron que dormir en un kiosco en un costado del parque, que era también una cancha de fútbol. Juan Cardeño, el tío de Nelson, ganadero y político conservador, ofreció una fiesta en honor al gobernador al frente de su casa, en el parque, que terminó con el mandatario borracho. El Chino lo fotografió tirado en la mitad de la cancha; una foto que pudo haber sido una de sus más celebradas si hubiera conservado el negativo hasta hoy. “Esa foto no la he podido encontrar”, me dijo el Chino cuando me contó la historia. “Esos negativos de las fiestas los tuvo Nelson y cuando me los devolvió, ese negativo no apareció”.

En vísperas de las elecciones presidenciales de 1978, que en la práctica ponían fin al Frente Nacional, la Anapo estaba fracturada en varios pedazos: por un lado, estaban los intereses de María Eugenia, dispuesta a hacer alianzas con fuerzas de la política tradicional (un sector mayoritario la siguió

en su apoyo a la candidatura del conservador Belisario Betancur), lo que causó la dispersión de sus contradictores más revolucionarios congregados en torno al periódico *Mayorías*, que se aliaron con el Moir y conformaron el Frente por la Unidad del Pueblo, FUP, con Jaime Piedrahíta Cardona como candidato; otros pocos se fueron a la Unión Nacional de Oposición, UNO, creada en 1972 para aglutinar las fuerzas de la izquierda durante el proceso de desmonte del Frente Nacional, que tenía a Julio César Pernía como candidato; y unos jóvenes rebeldes, que habían creado la Juventud Revolucionaria Anapista, Jura, a la que pertenecía el Chino, se acercaron al Partido Comunista.

Santamaría y Almarales apoyaron la unión de la Anapo con el Moir, lo que no cayó bien entre los jóvenes de la Jura. En rebeldía, se unieron al grupo minoritario de la UNO. Así, el Chino y Nelson Cardeño se distanciaron de la Anapo y entraron en contacto con líderes comunistas, como Pedro Luis Valencia, Gabriel Jaime Santamaría, Francisco Gaviria y Carlos Gónima, quienes después serían reconocidos líderes de la UP en Antioquia y caerían asesinados en la caería paramilitar de finales de los ochenta.

A todos ellos el Chino les tomó fotos y entabló con cada uno una relación de admiración y simpatía. Los veía como personas serias y convencidas de sus luchas, aunque le hacían sentir que su compromiso no estaba al mismo nivel. Pedro Luis y Gabriel Jaime eran mayores y le inspiraban gran

respeto; con Francisco se encontraba en la sede del periódico *Voz Proletaria* y en sus charlas coincidían en que la mayoría de dirigentes de la Anapo eran unos manzanillos carentes de ideología de avanzada; Carlos vivía cerca de la casa del Chino en el barrio Fátima y cuando se encontraban conversaban amistosamente.

Israel y el Chino, pese a sus diferencias, seguían compartiendo el odio a muerte por la oligarquía y el amor sincero por las causas del pueblo, que los mantuvo unidos en el M-19, pero el Chino no estaba dispuesto a dejar la fiesta. Abandonado el comando de la Anapo en Juanambú, estableció su centro de operaciones en los clubes de ajedrez y en los bares. Políticamente haría lo que le dijeran sus comandantes del M-19 mientras siguiera convencido y no estuvieraenguayabado.

Sus fotos de esos años de reuniones en cafeterías, apartamentos, hoteles, en la calle, conservan la espontaneidad de los encuentros casuales, postales aparentemente anodinas en muchos casos, en contravía del “momento decisivo” tan conscientemente trabajado por Cartier-Bresson; instantáneas de un sueño, justo antes de que el despertar de la realidad arremetiera con toda su violencia.

En ellas quedó retratada una generación de hombres y mujeres que alcanzó muy diversos protagonismos en la izquierda política nacional, legal y clandestina. Algunos de ellos pagaron su militancia con torturas y muerte en los años ochenta. En una fotografía de un encuentro regional de la Anapo en el Hotel Las Antillas, en 1972, en la que se aprecian de fondo las montañas y el valle de Aburrá, están Barlaham Pizarro, diputado; Mario Montoya, congresista y contra-

lor, asesinado por su mayordomo; Mario Arango, concejal, abogado, economista y escritor, quien sería uno de los pocos intelectuales en tomarse en serio el problema del narcotráfico en los años ochenta —junto con el economista y periodista Jorge Child publicó en 1984 los libros: *Los condenados de la coca, el manejo político de la droga y Narcotráfico: imperio de la cocaína*; en 1986, *Coca-coca: historia, manejo político y mafia de la cocaína*; y en 1988, *Impacto del narcotráfico en Antioquia* —; Jaime Piedrahíta Cardona, uno de los fundadores de la Anapo; José Roberto Vélez, congresista y militante del M-19, torturado por fuerzas del Estado; Jaime Jaramillo Panesso, reconocido intelectual y asesor de paz; Hernando Echeverri Mejía, congresista y candidato presidencial de la UNO en 1974 —hermano de Gilberto Echeverri, asesinado por las Farc, exministro y exgobernador de Antioquia—; Óscar Hoyos Naranjo, congresista y constituyente; Antonio García Nossa, ideólogo del movimiento; Marta Alzate, concejal, cuyo hijo murió en el famoso operativo de El Karina; Ligia Builes, activista política; Dora Vélez; Israel Santamaría; y otros líderes populares. Y entre esos grandes nombres de políticos, ideólogos y activistas estaban Nelson Cardoño y el Chino, un par de flacuchentos anónimos venidos del barrio Las Palmas.

Ese patrón estético de festejos espontáneos se repite en los ochenta en muchas de las fotografías de Pablo Escobar y la mafia del narcotráfico tomadas por el Chino, en las que por más que se las mire, parece que no estuviera pasando nada o simplemente estuviera sucediendo la insípida vida antes de la tragedia. Fotografías que no fueron tomadas por encargo, sino para el recuerdo de los asistentes, de los que el Chino era uno más. No necesitaba hacerse invisible para capturar la intimidad del momento,



+ Pedro Luis Valencia, médico, profesor de la Universidad de Antioquia y senador de la Unión Patriótica, asesinado en su domicilio el 14 de agosto de 1987, un día después de la Marcha de los claveles rojos, que congregó alrededor de tres mil personas en las calles de Medellín para protestar por la ola de asesinatos contra estudiantes y profesores de la Universidad de Antioquia.



+ Fotografía de uno de los afiches de la campaña presidencial de María Eugenia Rojas en 1974. El afiche decía: "María Eugenia unida con el pueblo".



+ En el balcón, Jaime Jaramillo Panesso durante una manifestación en Puerto Triunfo en apoyo a la candidatura presidencial de Jaime Piedrahita Cardona por el FUP, 1978.



+ Encuentro regional de la Anapo, Hotel Las Antillas, Envigado, 1972.



+ Campaña presidencial de María Eugenia Rojas en 1974. Manifestación en el Parque Berrío con el general Rojas Pinilla.

él hacía parte integral de ella. Instantáneas de las que con el paso oscuro de la historia se fueron eliminando muchos de sus protagonistas, que cayeron asesinados, y que se acumularon azarosamente en un archivo, una especie de álbum de páginas antisociales. Todas las fotografías del Chino son el producto de un fotógrafo que miró la historia como un evento social. Fue el cronista gráfico de lo inminente.

En 1977, el año del nacimiento del primer hijo de Pablo Escobar y del despeque definitivo de su negocio de tráfico de cocaína, el Chino asistió a la universidad por última vez e Israel Santamaría pasó del discurso político a la acción militar, internándose en la selva y entregándose a la vida guerrillera. “Le dio muy duro al comienzo e incluso tuvo que regresar muy enfermo y estuvo hospitalizado en la Clínica del Sagrado Corazón de Buenos Aires, allá lo visité y su semblante era macilento —recuerda el Chino—. El monte es cosa dura. Sé que estuvo en el municipio de Bolívar, en Santander, comandó una columna conjunta con el EPL y se tomaron Urrao, también estuvo en Yarumales, Cauca, o sea, recorrió gran parte de la geografía nacional”. Al año siguiente, el Chino canceló el semestre en la Universidad de Antioquia y abandonó por completo su intención de graduarse como contador público. Una década después de haber terminado el bachillerato, las vidas paralelas de Escobar y el Chino no tenían todavía rastro de confluencia.

En 1978, mientras Pablo Escobar construía su fortín de ensueño de la Hacienda Nápoles en el Magdalena Medio para afrontar de lleno en la guerra contra las drogas, Israel Santamaría alternaba la vida en el monte con temporadas en Bogotá, ambos eran guerreros de la hibridación de todas las formas

de lucha, y entre los dos estaba el Chino. Elkin, el hermano del Chino, se había ido a vivir a Bogotá, donde intentaba rescatar de la quiebra una empresa de muebles. Finalizada la campaña presidencial en la que salió victorioso Julio César Turbay, el candidato del Partido Liberal, el Chino se fue a vivir con su hermano a la capital, en el barrio Trinidad Galán, y se empleó en la empresa de muebles como contador. En el Club de Ajedrez Lasker, en la carrera séptima con calle 22, se reencontró con Israel, quien le pidió que se trajera su laboratorio de fotografía de Medellín porque lo iba a necesitar.

Con pocas semanas de posesionado, amparado en el estado de sitio, Turbay implantó el Estatuto de Seguridad, que restringió las manifestaciones callejeras y el derecho a la protesta, y dio vía libre a los militares para capturar y juzgar a los sospechosos de atacar contra la seguridad nacional. En respuesta a los allanamientos, detenciones, torturas y asesinatos extra judiciales, el M-19 puso a punto la Operación Colombia, o también llamada Ballena Azul, para robarse las armas del Cantón Norte Rincón Quiñones del Ejército en Bogotá, cuya planeación venía liderando Bateman Cayón desde años atrás. “Mientras estábamos dando el golpe recordábamos las torturas y el asesinato de José Manuel Martínez Quiroz, el abaleo en un bus a Pedro Pablo Bello, diputado de la Asamblea de Cundinamarca, las torturas a indígenas”, le dijo Iván Marino a la periodista Ligia Riveros en una entrevista realizada en la cárcel La Picota a principios de 1980 y publicada el 15 de abril de ese año en la revista *Cromos*, cuando estaba en curso la toma de la Embajada de República Dominicana, liderada por Rosemberg Pabón.

Entre el 30 de diciembre de 1978 y el 1 de enero de 1979, guerrilleros del M-19 se ro-

baron, a través de un túnel, 5 700 armas del destacamento militar. Los militares se dieron cuenta el 2 de enero y emprendieron una rápida reacción, con la que consiguieron recuperar gran parte del botín. El 15 de enero capturaron a Iván Marino en su casa en Cali. Para agosto, el Ejército había realizado más de mil allanamientos en todo el país y capturado e interrogado a más de seiscientos sospechosos de ser insurgentes. El 14 de septiembre capturaron a catorce miembros del M-19 que operaban en el municipio de Bolívar, Santander, entre quienes estaban Andrés Almarales e Israel Santamaría. En octubre capturaron a Álvaro Fayad en Bogotá y a Gustavo Arias Londoño en Florencia. A finales de 1979, el M-19 tenía más de trescientos presos políticos en las cárceles del país, unos doscientos de ellos en La Picota, donde se encontraron Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad Delgado, Carlos Pizarro Leongómez, José Élmér Marín, Andrés Almarales Manga e Israel Santamaría Rendón, casi toda la cúpula del grupo guerrillero, y fueron sometidos a Consejos Verbales de Guerra.

En siete años de lucha el M-19 había ejecutado quinientos operativos exitosos y había llevado la lucha guerrillera al escenario urbano de las principales capitales del país. Colombia vivía en un estado permanente de conmoción. Y seguían libres Jaime Bateman, Carlos Toledo Plata y Rosemberg Pabón, quienes el 27 de febrero de 1980 respondieron con la toma de la Embajada de República Dominicana, cuyo principal objetivo era conseguir la liberación de 311 presos políticos.

Ligia Riveros, la periodista de *Cromos* que entrevistó al Comando Superior recluido en La Picota, indagando por el desenlace que tuvo el robo de las armas, les pregun-



+ Gabriel Jaime Santamaría, recostado en la puerta del carro, asesinado por órdenes de Carlos Castaño en su oficina de la Asamblea Departamental de Antioquia el 27 de octubre de 1989.

tó si la rápida publicidad que le dieron al operativo, que desató los allanamientos y las detenciones, los había perjudicado. A los periódicos enviaron una fotografía de Rafael Arteaga, quien había comprado la casa desde donde cavaron el túnel, con una de las armas robadas en la mano y el rostro cubierto con una media, fácilmente identificable. Iván Marino respondió que eran conscientes de que en todo caso el Ejército ya los tenía identificados. “Ustedes acostumbran tomar fotografías de sus acciones. ¿Lo hicieron con el robo de las armas del Ejército?”, le pregunta Riveros. “Hay algo más que eso. Tenemos una película con la filmación de la Operación Colombia. Ella hace parte de la historia del M-19”, le responde Marino. El Chino era apenas un eslabón del entramado publicitario que caracterizó a una guerrilla de golpes cinematográficos.

**Alfonso Buitrago** es cronista, editor y productor transmedia. Ha publicado los libros: *El 9. Un fotógrafo en guerra* (2015) y *El hombre que no quería ser padre* (2012). El texto aquí incluido hace parte de su libro *El Chino. La vida del fotógrafo personal de Pablo Escobar*, publicado por la Editorial Universo Centro en diciembre de 2022.